

La estrellita Perezosa

Cuento para niños en edad preescolar

Primera parte

En un remoto lugar del universo, donde existían cuerpos celestes de mil colores, y cometas que dejaban estelas semejantes al Arco Iris, vivía una majestuosa estrella dorada a la que todos llamaban Princesa. Ella era uno de los astros más luminosos y resplandecientes que habían existido jamás en el firmamento, razón por la que era admirada y querida por todos aquellos que la conocían. Cada



mañana, muy temprano, Princesa se levantaba y comenzaba a mostrar sus poderosos y gigantescos rayos de luz, los cuales iluminaban a seis planetas cercanos. El mayor orgullo de este hermoso astro, aún más que sus potentes rayos, eran sus tres hijas. Tres preciosas estrellitas juguetonas y traviesas, que hacían las delicias de su madre. Tamy fue la primera en abrir sus ojos al universo, después nació Pelusa, y por último, la más pícara de las tres: Tily.



Mientras yacían sobre nubes blanquísimas y acolchaditas, Pelusa y Tamy soñaban con volverse pronto estrellas mayores para tener sus propios planetas a los que iluminar -tal cual hacía Princesa. Es por eso que cada mañana se levantaban tempranito y comenzaban a realizar sus ejercicios de crecimiento, los cuales consistían en estirar al máximo posible sus rayos. Sabían que así, los planetas que en un futuro estuviesen bajo su protección, recibirían suficiente luz y calor, necesarios para que en ellos existiese vida. Después de este agotador entrenamiento, las dos hermanas desayunaban con un delicioso zumo de kiwi y mandarina, ya que estaba comprobado que sus vitaminas ayudaban a las estrellas a lucir más



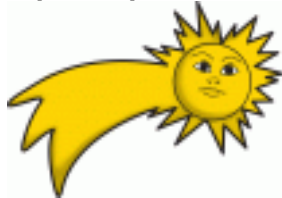
brillantes y esplendorosas. Tily, a diferencia de sus hermanas, no tenía prisa en crecer, pues de sólo imaginar tener que levantarse temprano todos los días para alumbrar el cielo, sentía pereza. A ella le costaba mucho despertarse en las mañanas por lo que siempre llegaba tarde a la sesión de ejercicios; y mientras que sus hermanas practicaban con mucha energía, ella se cansaba en poco tiempo. A menudo interrumpía las clases, y, sin ninguna vergüenza, decidía recostarse en una nube por el resto del día. Eso sí, le encantaba el zumo de kiwi con mandarina y se bebía varios vasos seguidos, por lo que poco a poco sus rayos se hicieron más luminosos y brillantes que los de sus hermanas.

Además de la complicidad que sentía con Tamy y Pelusa, Tily tenía tres grandes amigos: un asteroide, un meteorito y un cometa. A ellos les preocupaba mucho el futuro de la pequeña estrella, razón por la cual le reñían constantemente:

-Debes hacer tus ejercicios, -le decía con suavidad Tritón, el asteroide-, de otra manera no vas a ser una buena estrella.

-Lo que pasa es que me da mucha pereza levantarme temprano, -se quejaba Tily-. Yo realmente quisiera ser un cometa, para no tener horarios.

-¿Un cometa? -se burlaba Negus, quien era un joven meteorito, bromista y lleno de energía-. Eso es imposible pues los cometas están en movimiento todo el tiempo y tú eres muy dormilona.



-Pero tal vez si fuera un cometa, yo cambiaría mi manera de ser.

Tilbury escuchaba la conversación sin intervenir. Él era un cometa viejo y sabio; tan viejo que debía usar gafas para no chocar en sus viajes con otros astros; y con fama de sabio pues prefería escuchar primero, y opinar después. Finalmente, exasperado con los comentarios de Tily, rompía su silencio y la reprendía:

-No te engañes: tu misión en el universo es la de convertirte en la estrella respetable de un sistema solar y tu deber es desperdigar una luz radiante a los planetas que te rodean. ¡Así que deja de un lado la pereza y ve a trabajar!

Siempre que Tily escuchaba esto, lanzaba un suspiro de resignación, y con aires de derrota se acercaba a sus hermanas para realizar con ellas algunos de los ejercicios que diariamente tenían asignados.



El tiempo fue pasando, hasta que por fin llegó el gran día en el que las pequeñas se convertirían en estrellas mayores. Ahora cada una debía viajar lejos de su madre y formar su propio sistema solar. La noche anterior las tres habían hablado de su misión y comentaban sus respectivos planes:

-¡Mi sistema solar se llamara Princesa! ¡Como mamá!, -exclamaba Tamy con alegría-. Voy a cubrir completamente a mis planetas de luz y calor, para que en todos ellos puedan habitar muchos seres vivos.



-Yo intentaré repartir el calor de manera uniforme en todos los rincones de mis planetas y así no existirán lugares ni muy fríos ni muy calientes, -explicaba Pelusa a sus hermanas. -Pues yo, -dijo Tily mientras lanzaba un gran bostezo-, voy a salir sólo unas pocas horas al día. De esa manera los habitantes de mis planetas podrán descansar bastante y yo también.



Las hermanas se quedaron mudas de sorpresa con este comentario; pero luego, cada una dijo lo que pensaba:

-Eres una Perezosa Tily, – le reprochó Tamy entre risas.

-Sí, -agregó Pelusa preocupada ante la actitud de su hermana-. Recuerda que nuestro trabajo es muy importante, y si tu fallas en tu misión, mamá será el centro de burlas y críticas de las estrellas mayores, que son un poco cotillas y envidiosas.

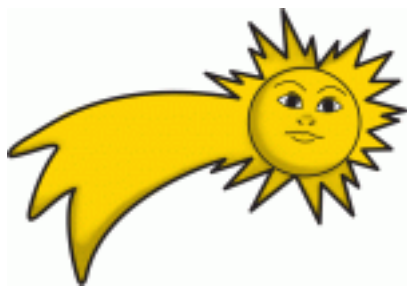
Tily meditó estas palabras por unos segundos, y luego, restándoles importancia, continuó:

-No hay por qué preocuparse hermanas, estoy segura que los habitantes de mis planetas estarán felices con mi idea. ¿A quién no le gustaría dormir un poquito más? –respondió ella con convicción.

Sus dos hermanas se miraron entre sí y callaron. Sentían desconfianza por las ideas de Tily, pero sabían que nada de lo que le dijeran le iba a hacer cambiar de opinión ya que era muy obstinada, así que decidieron dar por terminada la conversación, y seguir cada una con sus preparativos de viaje.

Princesa les organizó una fiesta de despedida donde asistieron diversos astros: algunas estrellas ancianas y sabias que no pararon de darles consejos; estrellas jóvenes próximas a iniciar sus propios viajes, que miraban con admiración a las “debutantes”, y algunas estrellas flacuchas y desabridas que se acercaron para criticar. Tampoco faltaron a la cita Tritón, Negus y Tílburi, quienes ofrecieron visitar a las tres hermanas cada vez que pudieran.

Sin duda, el único momento triste de ese maravilloso día fue al despedirse de Princesa; las tres hermanas se le acercaron, y luego de un largo y fuerte abrazo, cada una partió a un lugar diferente del universo.



Los viajes no duraron mucho, ya que las estrellas conocían el secreto de viajar velozmente por el espacio. Al llegar a sus respectivos nuevos hogares, se dieron cuenta de que los habitantes de sus planetas estaban ansiosos por conocerlas, y juntos (animales, plantas y personas) festejaron cinco días seguidos la llegada de su respectivo astro rey. Pasado este tiempo, todo volvió a la normalidad. Tamy y Pelusa, tal cual tenían planificado, se convirtieron en unas estrellas muy responsables, repartiendo luz y calor equitativamente a todos los planetas que tenían a su cargo. Al contrario de ellas, los planes de Tily no resultaron como esperaba: su sistema solar tenía un solo planeta, pero el mismo estaba lleno de seres deseosos de recibir sus cálidos rayos tantas horas como fuese posible. Tras el último día de celebración, todos los habitantes de ese planeta se levantaron muy temprano y se arreglaron para iniciar sus respectivos quehaceres. Sólo faltaba que Tily saliera a iluminar el cielo. A las 6:59 de la mañana, estaban todos listos: los adultos vestidos impecables para ir al trabajo y los niños con sus mochilas preparadas. Hasta los perritos y gatitos esperaban ansiosos en las puertas, dispuestos a salir a pasear. Faltaba solo un minuto...



Finalmente el reloj marcó las siete de la mañana, pero Tily no apareció. Las personas se extrañaron mucho y decidieron esperar un poquito más; sin embargo llegaron las ocho y luego las nueve y nada... Todos estaban preocupados y nerviosos. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no salía la estrella a iluminar el cielo? Al fin, a las diez de la mañana, Tily comenzó a alumbrar, y los habitantes del planeta, aliviados, iniciaron sus actividades.

-Tal vez tiene el horario un poco descontrolado debido al viaje tan largo que tuvo que hacer, -decían unos excusándola.

-Si, el Jet Lag, -opinaban otros.

Pero poco antes de las tres de la tarde, en pleno apogeo del día, sintieron que estaba oscureciendo nuevamente.

-¿Que pasará?, -se preguntaban-. ¿Será que va a llover?

Mas no se trataba de la lluvia, sino que Tily consideraba que ya había alumbrado suficiente por ese día, y que era hora de irse a dormir.

Con el cielo completamente negro, los habitantes del planeta, entre molestos y preocupados, se



dirigieron a sus respectivas casas con la normal.

esperanza de que el día siguiente fuera

Pero al otro día volvió a ocurrir lo mismo. Aún cuando todos estaban listos para salir a las siete de la mañana, Tily no apareció sino hasta las diez, para ocultarse nuevamente antes de las tres de la tarde. Esto sucedió también el próximo día, y el otro, y el otro.

Ya cansados de esta situación, los mandatarios del planeta decidieron reunirse e intentar conseguir una solución al terrible problema:

-Esto no lo podemos permitir, -decía el más joven de ellos-. Nos ofrecieron una estrella responsable, y éste es el astro más irresponsable que existe en el universo. Los habitantes de mi país son jóvenes y llenos de energía, y necesitan muchas horas de luz para poder cumplir con todos los proyectos que se trazan diariamente.

-Tienes razón, -intervino el más anciano de los mandatarios-, los habitantes de mi país son todos mayores y necesitan mucho calor y luz, de lo contrario se enferman.

-Debemos entender a Tily, -propuso el jefe del país más amistoso-, tal vez esté un poco cansada por el viaje. A los habitantes de mi tierra no nos importaría modificar un poco el horario y tratar de adaptarnos a ella.

-¡Ni pensarlo!, -exclamó el líder del país más guerrero-. Nosotros no vamos a aceptar a una estrella perezosa. ¡Antes vamos a la guerra!

-Yo opino, -habló el más sabio de los mandatarios-, que debemos pensar en lo que sea más conveniente. Si la echamos, nos quedaremos sin estrella por mucho tiempo mientras conseguimos otra; pero tampoco podemos permitir que las cosas sigan así. Yo sugiero que le enviemos un mensaje: o cumple con su horario de trabajo o buscaremos otra estrella para que nos alumbre.



Todos estuvieron de acuerdo con esa proposición, por lo que al día siguiente enviaron a un emisario para que le diera el recado a la estrellita. Cuando el hombre llegó, Tily se encontraba durmiendo muy tranquila, y así, sin tener tiempo de despertarse completamente antes de escuchar el ultimátum, la sorpresa e impresión que recibió fueron aún más fuerte.

<Si me echan, mamá se llevara un gran disgusto; seré la vergüenza de la familia> -pensó Tily preocupada al saber la resolución de los habitantes del planeta-. <¿Pero qué hago? aunque quisiera no me puedo despertar temprano pues soy muy dormilona>.

Como no se le ocurría ninguna idea, decidió consultar con su hermana Tamy que siempre sabía que



hacer.

-Usa un despertador, -le recomendó ella-. Los habitantes de mis planetas los usan y siempre se levantan a tiempo.

-Es una excelente idea -contestó Tily aliviada-. Gracias Tamy, mañana mismo me levantaré tempranito con el sonido de un despertador.

Pero a la mañana siguiente...Tily no se despertó, pues el despertador era tan pequeñito y ella tan grande, que no lo escuchó. Una vez más apareció en el cielo a las diez, y los habitantes del planeta, molestos, decidieron dejar de enviarle el delicioso zumo de kiwi con mandarina que con tanto esmero le habían estado preparando. Aún más preocupada ante este último acontecimiento, decidió

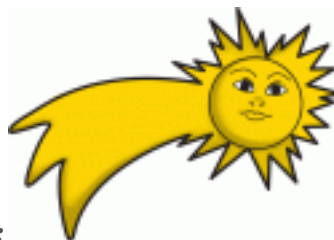


consultar con su amigo Tritón.

-Pídele a los ángeles del cielo que se acerquen tempranito y te despierten con su música celestial - sugirió él.

<Que buena idea>, -pensó Tily-, y se fue inmediatamente a hacerle la solicitud a los ángeles; sin embargo, al escuchar la petición de la estrella, éstos le dijeron claramente:

-Lo lamentamos Tily, pero si nos acercamos mucho a ti se nos quemarán las alas. Tendrás que buscar otra solución.



Entonces Tily consultó con el cometa Tilbury:

-Pídele a las nubes que en la mañana lluevan sobre ti. Así, al sentir el agua, te despertarás rapidito, y además te podrás levantar fresquita.

-¡Eso es lo que voy a hacer! ¡Gracias Tilbury!, -exclamó ella mientras se dirigía a hablar con las nubes.

Las nubes la escucharon divertidas, y con una sonrisa le dijeron:

-Claro Tily, cuenta con nosotros, mañana mismo te despertaremos con una refrescante lluvia.

Esa noche Tily se acostó convencida de que sus problemas se resolverían. Pero al despertarse la mañana siguiente se dio cuenta que nuevamente se había levantado tarde. Eran las diez de la mañana.

<¿Qué pasó con las nubes?>, -se preguntó preocupada, y seguidamente fue a pedirles una explicación. Al verla, las nubes se excusaron:

-Lo sentimos Tily, todas nosotras llovimos sobre ti, pero con el calor de tus rayos el agua se evaporó y no llegó a tocarte. Tendrás que pensar en otra posibilidad.

Tily no sabía qué hacer, y fue urgentemente a consultar con su otra hermana.



-¿Que me recomiendas Pelusa?

-No sé qué recomendarte, -le contestó ella mirándola con pena-. Si te hubieras acostumbrado a levantarte temprano con nosotras, tal vez no necesitarías ayuda. Lo que yo haría sería quedarme despierta toda la noche y así estaría segura de estar a tiempo para alumbrar el cielo desde temprano.

-Eso es lo que haré, -resolvió ella con firmeza, y se quedó en vela toda la noche.

Así pues, a la mañana siguiente, cuando eran las siete en punto, ya estaba alumbrando el cielo. Los habitantes del planeta ese día salieron de sus casas aliviados. Estaban felices, al igual que Tily. Sin embargo, con lo que nadie contaba, ni siquiera la estrellita, era con que, como no estaba acostumbrada a trasnocharse, al poco rato empezó a sentir sueño y antes de medio día ya se había



quedado dormida. Con el cielo oscuro nuevamente, todos los habitantes, frustrados, decidieron regresar a sus casas. Tily, avergonzada y sin más ideas, se dio cuenta que había defraudado a todos los que habían depositado su confianza en ella, así que decidió enviarles un mensaje que decía así:

“Estimados amigos: he tratado por todos los medios de volverme una estrella responsable y poder cumplir correctamente, pero lamentablemente no lo he podido lograr. Es por esto que he decidido marcharme, y que mi lugar sea ocupado por una estrella que sea más eficiente que yo”.

-No podemos permitirlo, -dijo el mandatario del país más amistoso. Tily ha hecho lo posible para volverse responsable y ahora es nuestro deber ayudarla.

-¿Pero cómo?, -preguntó el líder del país guerrero, quien en el fondo le tenía cariño a la estrellita.

-Tengo una idea, -intervino el mandatario más sabio-. El plan de levantarse al escuchar un despertador no funcionó, ya que Tily tenía uno muy pequeño, así que sugiero construirle un reloj de acuerdo a su tamaño.

-¡Eso es!, -dijeron todos, contentos con la idea-, ¡manos a la obra!

De inmediato llamaron a los relojeros más importantes del planeta, quienes comenzaron a construir un reloj, tan grande, que necesitaron un país entero para poder colocarlo. Los relojeros hicieron la máquina, los artesanos diseñaron y construyeron la gran caja de madera donde iría colocado, y todos los niños del planeta se acercaron a pintarlo y decorarlo. Felices llegaban con sus cajas de pinturas: ceras, acuarelas, óleos y témperas. Hombres, mujeres y niños trabajaron en la construcción del reloj despertador. Tily los alumbraba por ratos, y cuando desaparecía, ellos, sin desanimarse, encendían lámparas de gas, antorchas, velas o lo que tuvieran a mano para tener luz suficiente y terminar lo más rápidamente posible. Dos días con sus noches tardaron en culminar el despertador, y al estar listo lo subieron en un cohete y se lo hicieron llegar a Tily, junto con una ración doble de zumo de kiwi con mandarina. Tily, emocionada les envió un mensaje muy corto pero contundente: “nunca más



defraudaré la confianza puesta en mí” Esa noche Tily durmió feliz y tranquila, como no lo había hecho en mucho tiempo, y a la mañana siguiente, muy tempranito, se levantó con el sonido de su nuevo reloj. Estaba llena de energía, y alumbró con los rayos más cálidos y brillantes que ser alguno pudiera imaginar. Todos festejaron con alegría, y al poco tiempo la estrella se acostumbró a su nuevo horario por lo que ya no necesitó más el despertador.

Con los años, Tily tuvo dos estrellitas a las que llamo Tiyí y Onza. Ellas, junto con su madre, se acostumbraron a levantarse todos los días muy temprano, y con alegría y responsabilidad, mostrar sus rayitos de luz por todo el firmamento.



Y así termina la historia de Tily, la estrellita perezosa que debió aprender a ser una estrella responsable.